

---

*Filosofía, contemplación y sabiduría*, Josef Pieper, prólogo y traducción de Héctor Delbosco, Agape Libros, Buenos Aires, 2008, 94 pp.

---

La presente obra reúne un conjunto de trabajos de Josef Pieper (1904-1997) desconocidos en la lengua española. La traducción del original alemán, el estudio preliminar y los comentarios son realizados por Héctor del Bosco. Hay que señalar que las obras completas de J. Pieper se encuentran desde hace unos años editadas en el original alemán. No obstante, numerosos escritos aún no han sido traducidos. Razón por la cual es de destacar el trabajo de H. del Bosco de traducir estas conferencias aún desconocidas para el mundo hispanoparlante.

La obra reúne los siguientes escritos: *Contemplación terrena*, escrito publicado en el volumen de estudios dirigidos por J. B. Metz, *Weltverständnis im Glauben*, Matthias-Grünewald-Verlag, Mainz, 1965; *Acerca del concepto de filosofía de Platón*, conferencia pronunciada con motivo de la celebración anual de la Academia Renano-Westfala de Ciencias, en Düsseldorf, 1955; *El posible futuro de la filosofía*, palabras de agradecimiento pronunciadas en el Congreso de Filosofía en Nueva Orleans, al recibir la *Aquinas Medal*, en 1968; *Los aprendices*, conferencia radial impresa en los *Neue Deutsche Hefte*, dirigidos por Joachim Günther, 1955; y, por último, *Filosofía y Sabiduría*, discurso de agradecimiento al Vicepresidente de la *Catholic University of America*, Washington, con motivo de la entrega del título de Doctor *Honoris Causa*, 1990.

Josef Pieper ha sido uno de los grandes pensadores cristianos del siglo XX. Con asombrosa lucidez, abordó un amplio espectro de cuestiones esenciales para el hombre y la sociedad de nuestro tiempo. Como fruto de su reflexión dejó una vasta obra escrita, que sobrepasa largamente el medio centenar de libros e incluye una gran cantidad de artículos, conferencias y publicaciones diversas, muchos de ellos traducidos a más de quince idiomas y registrados en numerosas ediciones. Sin duda, su obra es la de un *maestro existencial*, es decir: un maestro que enseñó no sólo con palabras, sino con vida y obras. Esto es, en cierta forma, lo que ha convertido su pensamiento en algo perenne.

De la traducción de estos trabajos se quiere destacar aquí, brevemente, los siguientes: *Contemplación terrena*; *Acerca del concepto de filosofía de Platón*; y *Los aprendices*.

*Contemplación terrena* resalta una de las grandes cuestiones antropológicas que atraviesa tanto el pensamiento filosófico de J. Pieper cuanto toda la tradición filosófica de Occidente, a saber: el hombre que existe corporalmente en la historia es, en última instancia, una esencia dispuesta a la *visión*, que *anhela la visión*; y esto es así en tal grado que la dicha humana consiste precisamente en la contemplación (p. 29). De este modo, *siempre* se da en el hombre contemplación, es decir: el concreto *mirar las realidades de la creación*, a partir de las cuales se descubre, casi en forma inadvertida, que todo lo que existe es bueno y digno de ser amado. O en otras palabras, que cada cosa cobija y esconde, en su fundamento, un signo de su origen divino; quien lo descubre ve que todas las cosas son buenas más allá de todo lo que se pueda comprender.

En *Acerca del concepto de filosofía de Platón* el filósofo alemán se pregunta por los elementos del concepto platónico de Filosofía, y obtiene como respuesta, ante todo, lo siguiente: el filosofar tiene que ver con la *realidad toda*. Esto es lo primero de lo que habla Sócrates cuando –en la *República*– emprende la tarea de «determinar exactamente lo que entendemos por un filósofo». A quien filosofa, en sentido platónico sólo le preocupa una cosa: que algo del *Totum* de la realidad pueda quedar afuera, pueda ser pasado por alto, encubierto, silenciado u olvidado (p. 43).

En el marco de estas ideas, toda autolimitación del filósofo respecto de la consideración especulativa de lo real va en detrimento del filosofar. Igualmente, entra aquí en forma natural y armónica la relación entre Filosofía y Teología.

No sostengo que quien filosofa –afirma J. Pieper– esté obligado, según la opinión de Platón, por la misma naturaleza del acto filosófico, a recurrir a una determinada interpretación teológica del mundo, sino que el punto de partida de la indagación filosófica, tal como lo comprende Platón, no sólo no exige sino que prohíbe que, en principio, se rechace una referencia supra-racional sobre el mundo en cuanto todo; tal rechazo es no-filosófico, porque quien filosofa tiene que ver, *per definitionem*, con el todo, según cualquier forma de consideración. Un segundo elemento de dicho concepto platónico de Filosofía está contenido en la siguiente expresión: quien filosofa, en cuanto que filosofa, persigue «la idea de lo existente», con lo cual se alude al modelo, al proyecto, la «imagen previa», como se dice en el lenguaje de la mística alemana. Esto supera el ámbito de lo visible y de lo común a cada uno. Así, en la caza de esa «idea de los existente», de esa «imagen previa» y del claro-oscuro de su comprensibilidad se cifra el acto filosófico (p. 45).

Aquí se advierte qué clase de exigencia –en opinión de Platón– se le impone a quien filosofa, y en qué se reconoce al *hombre filósofo*: se trata, sobre todo, de una energía del alma, de un indagar dirigido al mundo en su totalidad y profundidad, mantenido inalterable como un acto espiritual de vida, de apertura siempre nueva y reestablecida para aquello que suscita admiración, y que se da allí donde existe algo.

Finalmente, *Los aprendices*, como se afirmó antes, es una conferencia radial en la que el autor aborda la cuestión del *aprendizaje* inspirándose en el estudio del *Banquete* de Platón. En esta dirección J. Pieper se pregunta: ¿de qué manera se produce el *aprendizaje* en el caso ideal, que haya un auténtico maestro, alguien que enseñe existencialmente? El aprendizaje –afirma– no se da en cuanto que un espíritu neutral y crítico pone a prueba lo que le ofrece quien enseña, lo comprueba y, luego, lo acepta o no. Por el contrario, tal como lo ha formulado Aristóteles: «quien quiere aprender, debe creer»; quien quiere experimentar, pues, cómo están las cosas respecto de lo definitivo, lo auténtico, Dios y el mundo, debe entonces volverse confiadamente, esto es en cierto sentido acriticamente, en una silenciosa disponibilidad para escuchar, hacia una persona que enseña: el maestro (p. 85).

A lo que hay que agregar que es algo más que confianza lo que une a los jóvenes a su maestro, a saber: el *amor*. Quien aprende es puesto en la posición de poder ver el objeto en cuestión con los ojos de quien enseña, esto es: tener contacto con las realidades que él, en verdad –visto desde el punto meramente intelectual– en absoluto es capaz aún de comprender, pero que, sin embargo, precisamente en virtud de ese asentimiento acríptico para quien

le enseña, en virtud de esa identificación con él, le es concedido. Es decir, no en razón de un interés objetivo, sino en razón de una vinculación con quien enseña: así es que tiene lugar el aprendizaje en su forma más intensa (p. 87).

Hasta aquí sólo algunos extractos y comentarios que sirven de presentación de este trabajo. Sólo resta recomendar la lectura y reflexión de estos fecundos escritos, que en su conjunto se proponen mostrar algunas de las ideas centrales de uno de los máximos exponentes de la filosofía cristiana que ha dado el siglo XX.

RODOLFO MAURICIO BICOCCA